

### **“Vivir viviendo”: la virtud como felicidad**

El pensamiento de Bolívar tiene un denso contenido filosófico y es la guía principal para nuestra acción política emancipadora. Puestos ante la disyuntiva de avanzar en la construcción del socialismo o naufragar en la crisis y descomposición capitalista, tenemos que superar la comprensión superficial del pensamiento y la obra de Bolívar y estudiarlas en profundidad, pues como hemos repetido muchas veces *moral y luces siguen siendo nuestras primeras necesidades*.

### **Aristóteles: la vida buena**

Quizás la más importante lección de la Grecia antigua, en la forma que ha sido conocida por occidente, sea la reflexión sobre el sentido de la vida. Aunque fue una sociedad estratificada en la cual se admitía la esclavitud como un hecho natural, los griegos reflexionaron por el sentido de la existencia y unieron indivisiblemente ética y política orientándolas al desarrollo de una vida humana plena de quienes eran libres. Aristóteles escribió en su libro *Ética a Nicómaco*, que la ética se ocupa del bien y del fin supremo del hombre que no es otro que la felicidad, entendida como un estado de florecimiento de las potencialidades humanas. La ética aristotélica estudió no sólo qué es la felicidad sino también, y principalmente, cómo se consigue tal felicidad. Concluyó que se alcanza mediante la acción consciente, es decir, mediante la praxis. Para ser ético es necesario vivir la vida conscientemente. El desarrollo de las potencialidades humanas no se logra como un resultado o disfrute pasivo de tener cosas. Ni siquiera como fruto de la acción. Sólo se desarrollan mediante la acción, mediante la práctica social, la cual debe ser conscientemente dirigida a alcanzar el fin supremo de la felicidad.

Entendida de esta manera, la praxis es el momento constitutivo de la humanidad y felicidad del sujeto social. Para constituirnos como humanos la praxis no puede ser una acción carente de orientación ética y moral, movida únicamente por la satisfacción del individualismo egoísta, por el consumismo que caracteriza la sociedad actual, por ejemplo. Hoy el sujeto social sólo es y se “realiza socialmente” como poseedor, consumidor y/o exhibidor de objetos fetiches y no mediante el desarrollo de sus potencialidades a través de su acción conscientemente solidaria, humana y crítica.

La praxis, como práctica conscientemente dirigida a alcanzar lo que Aristóteles llamó *la vida buena*, en el sentido de vida virtuosa, solidaria, comunitaria, debe estar basada en la práctica individual y colectiva de principios éticos y morales. Una situación muy contraria a la sociedad actual del capital donde la “vida buena” es tener muchas cosas, mediante un consumismo exagerado

que empobrece espiritual y materialmente a las mayorías. Y si bien es cierto que es necesaria la satisfacción de las necesidades humanas, tanto materiales como espirituales, lo que el capitalismo promueve es la manipulación de dichas necesidades para garantizar las ganancias y la acumulación de capital, a través de la adquisición compulsiva de cosas generalmente inútiles.

¿Cuáles son estos principios éticos y morales? Todos aquellos que están dirigidos al desarrollo de la vida vital [que tiene un sentido trascendente, que va más allá de la satisfacción inmediata], digna [que reconoce la integridad, libertad e igualdad de todas y todos], plena [que permite desarrollar todas las potencialidades del ser humano] y gratificante [que se vive con alegría, independientemente de las dificultades]. Y como quiera que la vida humana son constantes decisiones, éstas deben ser pensadas y orientadas por una razón, una afectividad, una voluntad y unos valores rectos, única manera de garantizar que la elección sea buena y de vivir la vida propia y la de todos los demás con sentido trascendente. Por eso, tomar decisiones correctas presupone necesariamente que la reflexión se convierta en un hábito moral, un fin en sí mismo. Por eso, todos los espacios de la sociedad capitalista están dirigidos a producir un ruido ensordecedor que evite reflexionar. Sin una reflexión serena y consciente es imposible un pensamiento crítico, solidario y humanista y menos aún, una palabra (discurso) y una práctica social (comportamiento social) rectos y virtuosos. Esta es la diferencia entre una simple práctica social alienada, guiada por la costumbre y los hábitos que imponen los anti-valores del capital, y una práctica conscientemente dirigida a lograr unos fines humanamente superiores.

La unidad inseparable entre la práctica social y la reflexión que la orienta, es decir, la unidad entre hacer y pensar que da lugar al ser, surge como principio de *la vida buena*. Para Aristóteles las virtudes intelectuales orientan las virtudes morales y educan el carácter. El hombre puede aprender los principios, saber conscientemente y orientarse a la verdad mediante la práctica de la virtud. La vida debe orientarse a lograr el pleno florecimiento de las potencialidades humanas individual y socialmente. La praxis es el medio para alcanzar este florecimiento. La virtud y la verdad son el contenido de la razón que orienta tal praxis. La prudencia debe ser la principal virtud rectora del carácter y el hombre sólo puede realizarse a sí mismo como ser ético al interior de la comunidad, pues como señaló en su libro *Política*, el hombre es un animal político, sólo puede vivir socialmente. Sólo los dioses y los brutos pueden vivir solos.

### **Bolívar: “La felicidad es la práctica de la virtud”**

Es de resaltar que este principio de la vida buena aristotélico es el mismo principio

bolivariano “*moral y luces son nuestras primeras necesidades*”. Para Bolívar es claro que las buenas costumbres constituyen la manera de ser moral. Dice por ejemplo, en su Discurso ante el Congreso de Angostura: “las buenas costumbres, y no la fuerza, son las columnas de las leyes, y el ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad”. En otra parte de ese mismo discurso, reprocha el equívoco de los legisladores que piensan que “las bendiciones de que goza el pueblo (norte)americano” son debidas “exclusivamente a la forma de gobierno” cuando en verdad se deben “al carácter y costumbres de los ciudadanos”. Para Bolívar no es la fuerza, ni exclusivamente la forma de gobierno, y menos aún la ignorancia, la tiranía o el vicio, lo que permite organizar la vida de una manera plena. Es la virtud. Y ello es así porque para el Libertador “la felicidad consiste en la práctica de la virtud”. En consecuencia “Los códigos, los sistemas, los estatutos por sabios que sean son obras muertas poco influyentes sobre las sociedades: ¡hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen las Repúblicas” y por eso concluye tajante que “saber y honradez, no dinero, es lo que requiere el ejercicio del poder público”

De allí el celeberrimo pensamiento de Bolívar, tantas veces citado y tantas veces incomprendido en su verdadero sentido: “El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce la mayor suma de felicidad posible, la mayor suma de seguridad social y la mayor suma de estabilidad política”. Es claro que la felicidad es el desarrollo pleno de la vida, el *vivir viviendo*, el ser siendo, el vivir desarrollando todas las potencialidades humanas. Es la vida buena de Aristóteles, la voluntad general de Rousseau. “Tened presente, Legisladores, dice Bolívar, que las naciones se componen de ciudades y de aldeas y que del bienestar de éstas se forma la felicidad del Estado”.

Por eso la mayor suma de felicidad posible, como forma de *vivir viviendo* está indisolublemente unida a dos condiciones irrenunciables: la mayor suma de seguridad social, es decir, la garantía del bienestar material y espiritual de toda la sociedad, y la mayor suma de estabilidad política, o lo que es lo mismo, la garantía de igualdad, libertad y justicia para todos y todas. Para Bolívar “La justicia es la reina de las victorias republicanas” porque sostiene la igualdad y la libertad, columnas del edificio de la república. Pero a la vez, la igualdad es la garantía de todos los derechos, y la libertad la condición de ciudadanía. Como sentenció en su Proclama de Emancipación de los Esclavos: “de aquí en adelante sólo habrá en Venezuela una clase de hombres, todos serán ciudadanos”.

### Formar ciudadanos virtuosos

Para que todos sean ciudadanos y ciudadanas capaces de vivir su vida plenamente necesitamos “hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados”, hombres y mujeres capaces de una praxis revolucionaria, de una práctica consciente, orientada por las luces de la razón y desplegada en la práctica de la virtud. ¿De dónde surgen estas luces y esta moral? Las luces o las virtudes intelectuales no pueden surgir sino, por un lado, de la imaginación, de la investigación y del estudio. Y por otro lado, de la reflexión, de la sistematización de las experiencias, del debate colectivo de las ideas. Por eso siempre se ha insistido en que las ideas son el corazón de la revolución y que un factor determinante en la clarificación de las ideas es la crítica y la autocrítica. Sin éstas es imposible formular nuevas ideas, diseñar nuevas políticas, desarrollar nuevas estrategias o descubrir nuevos horizontes. Y por supuesto son imposibles nuevas prácticas sociales, nuevos discursos, nuevos valores. Sin crítica ni autocrítica quedamos reducidos a repetir las viejas ideas, las viejas costumbres y experiencias. Este es un problema vital para la revolución.

¿Por qué? Porque las virtudes intelectuales orientan las virtudes morales. Es desde la reflexión, desde la crítica y la autocrítica, desde el pensamiento consciente que puedo darme cuenta de la naturaleza y sentido de mis prácticas sociales. De otra manera se imponen las costumbres, los hábitos, los anti-valores que siempre hemos practicado y que asumimos como correctos de manera inconsciente. Más grave aún, que aceptamos como morales. Recuérdese que la moral son las costumbres. Sólo cuando actuamos conscientemente podemos modificar nuestras conductas y valores, lo que siempre exige grandes esfuerzos. Sólo podemos orientarnos a la verdad y a la justicia mediante la virtud por los caminos de la ciencia, del arte, la moral y la sensibilidad, si lo hacemos conscientemente, si aprendemos y practicamos los principios para saber hacer y ser. Y además, considerando nuestra condición social para saber hacer y ser en el seno de la comunidad y con la comunidad. Esta es la vida plena, es *vivir viviendo*, es vivir desplegando nuestra humanidad.

La praxis es el medio para alcanzar esta humanización, para salir de la prehistoria del género humano que es el capitalismo como dice Marx, o la “fase predatoria” del desarrollo humano como la llamó Einstein citando a Thorstein Veblen. Y entonces humanizarnos es actuar con la verdad y la justicia como contenido de la razón y de la reflexión; con amor compasivo [aquel que no espera nada a cambio] y desprendimiento como contenido de la afectividad; con compromiso con el bien común como contenido de la voluntad. En una palabra, vivir practicando la virtud y valores nobles como sentido y contenido de la praxis, al interior de la y con la comunidad.

### **El capital disuelve todo vínculo humano y toda virtud**

Pero lo que hemos planteado hasta aquí, es para muchos una simple utopía. El carácter depredador de la sociedad capitalista y particularmente del neoliberalismo disuelve todo vínculo humano y toda virtud. Ninguna sociedad conoció la descomposición de la actual como consecuencia de haber separado la ética de la política; el sujeto de la comunidad; el bien individual del bien colectivo; el conocimiento de la reflexión ética; la filosofía de la economía; la pasión, los afectos y la intuición de la razón. Todo se volvió un frío cálculo en función de la ganancia y la acumulación.

¿Cuál es el resultado de este proceso? Que el pensamiento como fundamento de la reflexión ética sobre el sentido de la vida, fue sustituido por el conocimiento como simple información. Estamos en la llamada “sociedad del conocimiento y la información”. Pero este conocimiento ya no se nutre de la vida humana, de la virtud, la verdad o la justicia. La sociedad capitalista jerarquiza la información rentable y desecha cualquier otra forma de pensamiento o conocimiento, especialmente aquel de carácter crítico y alternativo, brutalmente estigmatizado.

¿Qué implicación tiene esto? Que el conocimiento ya no está conectado con los problemas de la vida. Sólo interesa el conocimiento que produce cosas, que produce ganancias y además ayuda a legitimar la dominación capitalista. Hoy el mundo humano no se confronta con la propia vida humana, ni con la verdad, ni la con la virtud, ni con la belleza dentro de una perspectiva humanista de largo alcance. Hoy, domina el conocimiento sin valores, desligado de los procesos sociales y las vivencias humanas.

Los capitalistas y sus centros de dominación buscan por todos los medios evitar toda praxis conciente, evitar que las virtudes intelectuales eduquen el carácter. Si no hay una razón que oriente el despliegue de la voluntad, ésta siempre naufragará en sus hábitos y sus reflejos condicionados por el aniquilamiento de todo vínculo que hace el capital. Es lo que explica que el conocimiento que reducen sustancialmente la estructura de costos y aumenta las ganancias, tienen posibilidad de desarrollarse. Como ya denunciaron Carlos Marx y Federico Nietzsche, la verdad humana no tiene nada que ver con la verdad científica, convertida en simple mecanismo de dominación y explotación. La utilización que ha hecho la burguesía de la tecnología y la ciencia ha sido incapaz de servir a la vida, de ayudar a la transformación del sujeto humano a través de su propia praxis. Especialmente las llamadas ciencias humanas se fundamentan en el reduccionismo, la fragmentación y el desprecio de las condiciones en que desarrolla su vida el sujeto social reducido

al simple papel consumidor.

La burguesía ha convertido a la ciencia en simple mecanismo de manipulación que deja el mundo humano sin sentido de humanidad, ni conciencia de totalidad, ni unidad de propósitos. E insistimos una vez más, esta vez recordando a J.F.G. Hegel, otro gran filósofo alemán, quien afirma que sin orientación y unidad de propósito conscientes no existe voluntad libre, pues ésta se desperdiga en infinidad de actos inconscientes e inconexos. Para decirlo en criollo, por boca del “filósofo” Eudomar Santos, “como vaya viniendo vamos viendo”.

En definitiva, nos enfrentamos a una sociedad que impide pensar, reflexionar y vivir dignamente y sólo promueve el conocer y saber hacer, producir y tener cosas; en la que se necesita lo que no se desea y se desea lo que no se necesita, generando una situación de esquizofrenia colectiva. Pensar implica reflexionar sobre sí mismo para construir nuestra conciencia y darle un sentido a nuestra existencia, tanto individual como socialmente. Por ello, necesariamente, el reflexionar tiene que articularse sobre una escala de valores nobles, pues no puede pensarse la vida sin otorgarle un sentido y un valor a la misma. Vivir vital, plena, digna, gratificante y trascendentemente, implica una decisión ética.

En cambio, conocer en el sentido de tener información, no requiere necesariamente este basamento ético. Puedo tener mucho conocimiento, puedo “saber muchas cosas”, sin tener que comprometerme éticamente, sin que tener que valorar si este conocimiento contribuye al desarrollo pleno de la vida humana o si más bien la aniquila. El conocimiento instrumental abandona cualquier consideración ética pues sólo tiene validez el conocimiento que puede tasarse en dinero. Por eso, en términos criollos, en términos de la vieja cultura política, las decisiones dependen del “cuánto hay pa’eso”, base objetiva de la corrupción y la descomposición social. Por eso la política burguesa fue reducida a una actividad carente de sentido social, de ideales, que sólo exalta la inmediatez del dominio del poder; por eso, para algunos la política es simple defensa de las cuotas burocráticas del poder y posibilidades de negocios.

### **El oportunismo ético impide que los conocimientos sirvan a la vida**

En un mundo dominado por las cosas, por la inmediatez, por la rentabilidad, no puede más que surgir la convicción de que los ideales no tienen validez social. Sólo las ideas que favorecen la ganancia tienen importancia. Tal pobreza espiritual contrasta paradójicamente con el extraordinario crecimiento científico y tecnológico actual porque la propia concepción del desarrollo científico es equivocada. Hablamos de revolución científica en un sentido que parece contener y tomar en cuenta

el hombre. Sin embargo la ciencia lo excluye, lo esclaviza y lo aliena aún más. La ciencia y la tecnología sirven básicamente a los procesos de acumulación del capital y al fortalecimiento del sistema que excluye y aniquila la vida humana.

Por eso es necesario aclarar el alcance de lo que significa una revolución. Una verdadera revolución sólo es aquella que contribuye radicalmente al desarrollo de la vida humana, al florecimiento de las potencialidades humanas. Y esto porque una revolución se da cuando se parte de construir una nueva concepción del hombre, de la sociedad y de la naturaleza. Y esta nueva visión pasa por la ruptura del viejo régimen. Una revolución nunca puede darse en función del fortalecimiento del viejo régimen, de los intereses establecidos o de la racionalidad del viejo poder.

Si el hombre se construye a sí mismo a través de su praxis, el punto de partida será entonces una postura en que el conocimiento, la ética y la estética, teniendo como objetivo la liberación del hombre se fundamente en la reflexión sobre el sentido de la vida desde la propia vivencia humana, con un sentido de trascendencia y de realización de las potencialidades humanas. Ello nos plantea un problema cardinal: encontrar un sentido de la vida profundamente humanista, solidario y crítico, lo cual obliga a una transformación radical tanto del sujeto como de la sociedad actual. ¿Cómo lograrlo? Necesariamente transformando nuestra visión del mundo: la visión de nosotros mismos, de la sociedad y de la naturaleza (el conocimiento); cambiando la forma como organizamos la vida, es decir, cambiando nuestras costumbres y la manera cómo y para qué nos relacionamos con nosotros mismos, con los Otros y con la naturaleza (moral y ética) y transformando también nuestra sensibilidad y nuestra imaginación (estética y lúdica). Sólo cambiando estas dimensiones constitutivas de la condición humana, podemos realizar la transformación revolucionaria radical de la sociedad cuya consecuencia es la construcción del hombre/mujer nuevos.

El nuevo sentido del pensamiento y el conocimiento, y por tanto de la ciencia y la tecnología; la nueva moral y la nueva estética, el nuevo arte, son el soporte fundamental de la transformación social y la creación del hombre/mujer nuevos. No es posible que haya un sujeto social libre, si no es un sujeto social plenamente consciente y realizado en sus potencialidades humanas, las cuales sólo pueden desarrollarse en un orden social en el que superando la propiedad privada, la riqueza social permita el pleno desarrollo de las facultades de todos. Un hombre sumido en la miseria, en la carencia, en la ignorancia, en la angustia de la escasez no puede ser un hombre libre ni igualitario. Tampoco lo puede ser aquel que solo vive para consumir el último cachivache que le ofrece el mercado. Y si no es libre e igualitario tampoco puede ser justo. Un orden social como el capitalismo sólo puede producir un hombre mutilado, alienado.

Por eso la indivisibilidad de “la mayor suma de felicidad posible, la mayor suma de seguridad social y la mayor suma de estabilidad política”. Se refiere a la creación de condiciones materiales para el bienestar colectivo, para el bien común, nunca al consumismo individualista egoísta que promueve el capital. Tampoco a la pasividad de quienes viven esperando que todo les “caiga del cielo o lo resuelva papá Estado”. *Vivir viviendo*, desarrollando las potencialidades humanas implica necesariamente el despliegue enérgico de la afectividad, la razón y la voluntad para transformarse así mismo, mientras se transforma la sociedad.

Es claro que buena parte de las claves para superar el capitalismo están en el pensamiento de Bolívar: en ser feliz practicando la virtud. Pero hay que comprender la profundidad de su pensamiento para vencer la propaganda burguesa que nos invita a ser “felices” teniendo muchas cosas. Se comprenderá ahora la importancia de la reflexión teórica, del estudio de la obra de los grandes pensadores, en nuestro caso de Bolívar, pues sin virtudes que eduquen--al carácter, sin luces que orienten una conducta moral, estaremos siempre en riesgo de caer en la charca del oportunismo ético y la política sin ética. La exacerbación del individualismo, el egoísmo, la racionalidad mercantil, la competitividad por la posesión de las cosas, el oportunismo ético termina por aniquilar la vida humana. La política sin contenido ético, termina siendo una forma de dominación y acumulación y no una fuerza emancipadora. Bolívar tiene razón: moral y luces siguen siendo nuestras primeras necesidades.

## LA CORRUPCIÓN DE LO POLÍTICO

[1.1] *La corrupción de lo político*

[1.11] Habría que intentar en primer lugar debatir sobre lo que lo político “no es”, para despejar el campo positivo. Lo político no es exclusivamente ninguno de sus componentes, sino todos en conjunto. Una casa no es sólo una puerta, ni sólo una pared, ni un techo, etc. Decir que la política es uno de sus componentes aisladamente es una reducción equivocada. Hay que saber describirla como totalidad. Pero además, en totalidad, hay malas casas, casas que no permiten vivir bien, que son demasiado pequeñas, o inútiles, etc. De la misma manera en lo político.

[1.12] Lo político como tal se *corrompe* como totalidad, cuando su función esencial queda distorsionada, destruida en su origen, en su fuente. Anticipando a lo que después explicaremos, es necesario al que se inicia en la reflexión de lo que sea lo político prestar atención a su desvío inicial, que haría perder completamente el rumbo de toda acción o institución política.

[1.13] *La corrupción originaria* de lo político, que denominaremos el *fetichismo del poder*, consiste en que el actor político (los miembros de la comunidad política, sea ciudadano o representante) cree poder afirmar a su propia subjetividad o a la institución en la que cumple alguna función (de allí que pueda denominarse “funcionario”) -sea presidente, diputado, juez, gobernador, militar, policía- como la *sede* o la *fuentes* del poder político. De esta manera, por ejemplo, el Estado se afirma como soberano, última instancia del poder; en esto consistiría el fetichismo del poder del Estado y la *corrupción* de todos aquellos que pretendan ejercer el poder estatal así definido. Si los miembros del gobierno, por ejemplo, creen que ejercen el poder desde su autoridad autorreferente (es decir, referida a sí mismos), su poder se ha *corrompido*.

[1.14] ¿Por qué? Porque todo ejercicio del poder de toda institución (desde el presidente hasta el policía) o de toda función política (cuando, por ejemplo, el ciudadano se reúne en cabildo abierto o elige un representante) tiene como referencia primera y última al *poder de la comunidad política* (o del *pueblo*, en sentido estricto). El no referir, el aislar, el cortar la relación del ejercicio *delegado* del poder determinado de cada institución política (*flecha a* del *esquema 2.1*) con el poder político de la comunidad (o pueblo) (*flecha b*) absolutiza, fetichiza, *corrompe* el ejercicio del poder del representante en cualquier función.

[1.15] La *corrupción* es doble: del gobernante que se cree sede soberana del poder y de la comunidad política que se lo permite, que lo consiente, que se torna *servil* en vez de ser *adora* de la construcción de lo político. El representante *corrompido* puede usar un poder fetichizado por el placer de ejercer su voluntad, como vanagloria ostentosa, como prepotencia despótica, como sadismo ante sus enemigos, como apropiación indebida de bienes y riquezas. No importa cuáles aparentes beneficios se le otorguen al gobernante corrompido, lo peor no son los bienes mal habidos, sino el *desvío* de su atención como representante: de servidor o del ejercicio *obediencial* del poder a favor de la comunidad se ha transformado en su esquilmador, su “chupasangre”, su parásito, su debilitamiento, y hasta extinción como comunidad política. Toda lucha por sus propios intereses, de un individuo (el dictador), de una clase (como la burguesa), de una élite (como los criollos), de una “tribu” (herederos de antiguos compromisos políticos), son *corrupción* política.

Dussel, Enrique (2006). 20 Tesis de política. Siglo XXI, México, pp. 13-14.